



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 52 – 2 de octubre de 2015

En este número

1. **En la que Cataluña habita en José Antonio**, *Enrique de Aguinaga*
2. **Refutación de la tibieza**, *Antonio Miguel Carmona*
3. **La tradición separatista de Cataluña**, *Ángel Romero*
4. **Mirada a Occidente**, *José Manuel Cámara*

En la que Cataluña habita en José Antonio

Enrique de Aguinaga

Catedrático

En los años 1922 y 1923, José Antonio vive en Barcelona, siendo su padre, Don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, Capitán General de Cataluña.

Los biógrafos más atentos coinciden en apreciar que la estancia de José Antonio en Barcelona, en plena formación de su personalidad, fue definitiva para su proyección política. Su hermana Pilar así lo aprecia:

José Antonio empezó a enfocar España desde un punto de vista distinto y con un entendimiento y cariño hacia esta región que trasciende, después, en toda su trayectoria política. Porque, si bien es verdad que su primer planteamiento es la irrevocable unidad histórica de España, tiene, sin embargo, una penetración para los problemas locales, un respeto a las lenguas nativas y a la diversidad regional, que, quizá, de no haber vivido aquí, no los hubiera alcanzado en tal alto grado¹.

Como el primer destino de Don Miguel, recién casado, también fue Barcelona, Pilar recuerda que José Antonio solía decir, ufano, que él tenía algo de catalán, porque había sido concebido en Barcelona. En cualquier caso, Cataluña habita amorosamente en José Antonio. El mismo lo recuerda risueñamente en el discurso que aquí pronuncia en agosto de 1930:

He sentido, querido, gozado y sufrido en Barcelona y me han quitado bastantes noches el sueño algunos ojos catalanes radiantes, como esos que ahora me miran y que hubieran encendido en boca de mi pobre padre tres o cuatro floridos párrafos andaluces².

Es el mismo discurso en que recuerda cómo sus hermanas y sus tías, del 12 al 13 de septiembre de 1923 (la familia en vela, en Capitanía General), pasaron toda la noche rezando en la contigua iglesia de la Merced³.

¹ PRIMO DE RIVERA, PILAR: «Recuerdos de Jose Antonio», conferencia, Club «Mundo», Barcelona, 4 de abril de 1973.

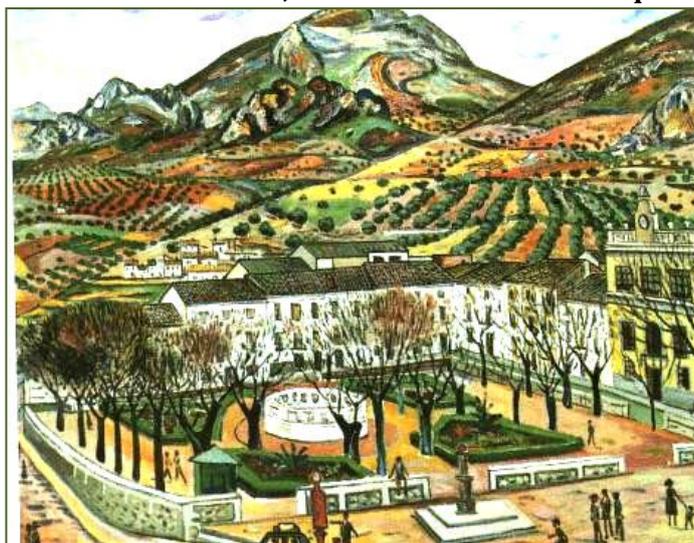
² JOSE ANTONIO: Discurso, «Unión Patriótica», 3 de agosto de 1930, Barcelona.

³ *Ibídem*.

Después, ya diputado en el Congreso, en todas las turbulencias parlamentarias donde se zarandeaba el nombre de Cataluña, José Antonio alza, una y otra vez, su transparencia. Así, en enero de 1934:

España es más que una forma constitucional, porque España es más que una circunstancia histórica, porque España no puede ser nunca nada que se oponga al conjunto de sus tierras y cada una de esas tierras.

Yo me alegro, en medio de todo ese desorden, de que se haya planteado de soslayo el problema de Cataluña, para que no pase de hoy el afirmar que si alguien está de acuerdo conmigo, en la Cámara o fuera de la Cámara, ha de sentir que Cataluña, la tierra de Cataluña, tiene que ser tratada desde ahora y para siempre con un amor, con una consideración, con un entendimiento que no recibió en todas las discusiones. Porque



cuando en esta misma Cámara y cuando fuera de esta Cámara se planteó en diversas ocasiones el problema de la unidad de España, se mezcló, con la noble defensa de la unidad de España, una serie de pequeños agravios a Cataluña, una serie de exasperaciones en lo menor, que no eran otra cosa que un separatismo fomentado desde este lado del Ebro.

Nosotros amamos a Cataluña por española, y porque amamos a Cataluña la queremos más española cada vez, como al país vasco, como a las demás regiones. Simplemente por eso, porque nosotros entendemos que una nación no es meramente el atractivo de la tierra donde

nacimos, no es esa emoción directa y sentimental que sentimos todos en la proximidad de nuestro terruño, sino, que una nación es una unidad en lo universal, es el grado a que se remonta un pueblo cuando cumple un destino universal en la Historia.

Por eso, porque España cumplió sus destinos universales cuando estuvieron juntos todos sus pueblos, porque España fue nación hacia fuera, que es como se es de veras nación, cuando los almirantes vascos recorrían los mares del mundo en las naves de Castilla, cuando los catalanes admirables conquistaban el Mediterráneo unidos en naves de Aragón, porque nosotros entendemos eso así, queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos tira la tierra, sino el patriotismo de la misión, el patriotismo de lo trascendental, el patriotismo de la gran España⁴.

En febrero del mismo año y en el mismo Congreso, José Antonio dice:

Cataluña es un pueblo esencialmente sentimental, un pueblo que no entienden ni poco ni mucho los que le atribuyen codicias y miras prácticas en todas sus actitudes. Cataluña es un pueblo impregnado de un sedimento poético, no sólo en sus manifestaciones típicamente artísticas, como son las canciones antiguas y como es la liturgia de las sardanas, sino aun en su vida burguesa más vulgar, hasta en la vida hereditaria de esas familias barcelonesas que transmiten de padres a hijos las pequeñas tiendas de las calles antiguas, en los alrededores de la plaza Real; no sólo viven con un sentido poético esas familias, sino que lo perciben conscientemente y van perpetuando una tradición de poesía gremial, familiar, maravillosamente fina⁵.

⁴ Ídem: Discurso, Congreso de los Diputados, 4 de enero de 1934.

⁵ Ídem: Discurso, Congreso de los Diputados, 28 de febrero de 1934.

José Antonio se ha de referir a Cataluña en cuantas ocasiones se presenten, sobre la base de aquellos sentimientos, sin soslayar la dificultad de la cuestión autonómica.

Hay que leer cuidadosamente sus alegatos para la derogación del Estatuto, en noviembre y diciembre de 1934, tras la insurrección de octubre, verdadero comienzo de la guerra civil, que pone en el precipicio la unidad de España y que hace decir al presidente del Consejo de Ministros que se ha sentido forastero en Cataluña.

Luce, coherente y espléndido, en este discurso, el principio de la unidad de destino, como soporte de las individualidades nacionales, en cuanto que un Estatuto, dado sin esa garantía, es un instrumento de desmembración; en cuanto que España es irrevocable; en cuanto que nuestra generación no es dueña absoluta de España, recibida del esfuerzo de generaciones anteriores, que debe entregarla como depósito sagrado a las que la sucedan; en cuanto que, si nuestra generación utilizase su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, habría cometido para las generaciones siguientes la más alevosa traición. Porque las naciones no son contratos rescindibles, sino fundaciones con sustantividad propia⁶.

Es muy notable que, aparte los antecedentes históricos de Antonio Cánovas y Otto Bauer, la idea de la unidad de destino, tanto en Ortega, primero, y en José Antonio, después, se afina, precisamente, a propósito del Estatuto de Cataluña, en 1932 y en 1934, respectivamente.

La médula del pensamiento joseantoniano, la unidad de destino, tan tomada a beneficio de inventario, tan tergiversada y maltratada, tan ignorada, en suma, se presenta en aquel debate de 1934 de modo tan explícito, tan inteligente y, a la vez, con tanto amor a Cataluña, que, sesenta y tres años más tarde, el propio presidente Jordi Pujol, que, agresivamente, califica de anticatalanista a José Antonio, reconoce lo certero de su juicio sobre el sentimiento catalán y considera que José Antonio está entre quienes lo han entendido mejor. Se puede leer en sus declaraciones a la revista *Tiempo*, de 22 de diciembre de 1997.

El debate, evidentemente, sigue abierto.

Refutación de la tibieza

Antonio Miguel Carmona

Profesor de Economía y concejal del Ayuntamiento de Madrid

Cuando se sube el primer escalón de la estupidez, nunca se sabe dónde va a terminar la escalera. La primera causa determinante, el primer peldaño, no radica en las reivindicaciones soberanistas del nacionalismo periférico, sino en la debilidad y tibieza, apatía o incultura, de los gobernantes de una nación que no están a la altura de su historia y de su determinación política.

La pluralidad de España obedece a la disociación de una base unitaria inicial, como señala don Ramón Menéndez Pidal, y no al revés. España no es un acuerdo político de unas partes que se federan, sino una estructura unitaria cuyos matices regionales buscan su origen en la diferente influencia de Roma y el distinto papel en la Reconquista.

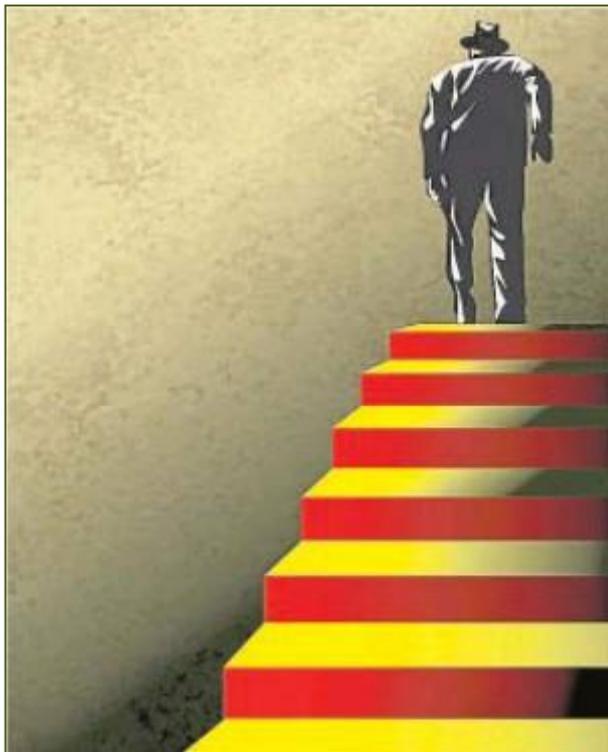
En definitiva, los componentes de ser español tienen una continuidad histórica, como señalaba, entre otros, Claudio Sánchez-Albornoz (*España, un enigma histórico*). En ese marco, Cataluña es más que una nación: es una región de España.

⁶ Ídem: «España es irrevocable», en *FE* (semanario), 19 de julio de 1934.

La izquierda, a pesar de los errores cometidos, debe partir de la más contundente defensa de la unidad nacional, sin tibiezas, no sólo por razones históricas, sino por una inherente custodia de la igualdad de derechos de todos los españoles, vivan donde vivan, sean quienes sean.

El nacionalismo catalán es un fenómeno reciente que se inicia en los movimientos románticos que dieron origen a lo que se vino en llamar la *Renaixença*. Sin embargo, el verdadero origen del nacionalismo catalán se sustenta en la defensa de los intereses oligárquicos que perduran, con la colaboración de una parte de la izquierda, hasta nuestros días.

El principal escalón del engaño para los nacionalistas se configura a través del sistema educativo, convirtiendo los mitos en categorías históricas. Ni el Compromiso de Caspe (1412) ni la derrota de los austracistas en la Barcelona de 1714 son orígenes de nación alguna.



Y, junto a los historiadores, tan románticos como falsarios, se le suma la coartada de juristas, y otros, en el Consejo Asesor para la Transición Nacional, intelectuales al servicio de las ocurrencias y dispuestos a forzar la ley hasta la prevaricación.

Escalón a escalón el nacionalismo catalán ha ido aprovechándose del vacío de poder del Estado central. Repartiéndose los papeles, moderado en Madrid (Francesc Cambó o Josep Antoni Duran) o fervientemente localista en la periferia (Prat de la Riba o Jordi Pujol).

Una estrategia en la que para los nacionalistas los Estatutos de 1932, de 1979 o de 2006, no se engañen, no son más que peldaños de una escalera que sube a ninguna parte. El nacionalismo catalán, para mayor abundamiento, apostó por una Constitución abierta con el fin de poder descoserla. Se trataba, y se trata, en palabras de Jordi Pujol, de fer país.

Pero la estrategia de la derecha nacionalista (Lliga o *Convergència*) nunca podría lograr la hegemonía social salvo estableciendo un mecanismo de seducción de las izquierdas, de los trabajadores y de las clases medias: la búsqueda de un enemigo común. Pierre Vilar (*Cataluña en la España moderna*) sostiene la tesis de la imposición política de una España pobre sobre una Cataluña rica. Una tesis que no obedece en puridad a la verdad. Los diferentes grados de desarrollo económico se sustentan en factores determinantes distintos, como recoge Joaquín Nadal (*El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*). Los industriales catalanes también, o sobre todo, han gobernado España. En mis cursos de doctorado le hice un trabajo al profesor Juan Velarde sobre la figura de Pedro Gual Villalbí, que, siendo ministro sin cartera de Franco (1957-1960), había sido secretario general de la patronal catalana y militante de la Lliga.

Ahora, sin embargo, aparece la necesidad de desviar la atención hacia el Estado, cuanto más debilitado mejor, liberando la responsabilidad local de una clase dirigente catalana que ha desarticulado el Estado del bienestar y destruido la cohesión social.

Pero tanto engaño parte del silencio temerario de la política española, del Gobierno central como de sus clases más influyentes, intelectuales y económicas.

Por eso, el nacionalismo catalán ha tratado de aprovechar los momentos de máximo debilitamiento del Estado central: desde la revuelta de *Els Segadors* utilizada por Pau Claris en

1640, pasando por Macià declarando la República catalana precisamente en 1931, la propuesta de Companys de un estado catalán en 1934 y en 1937, o el «derecho a la secesión» de Artur Mas en 2015.

Un estado tan debilitado como para seguir desangrándose en un proceso descentralizador a pesar de ser el tercer país más descentralizado del planeta. La bisagra para la gobernabilidad o el reconocimiento de la bilateralidad no son más que peldaños de una escalera a la secesión.

Estar a la altura de los tiempos es decir bien claro que España no es un estado plurinacional, sino una sola nación en un único estado. Sin tibiezas.

Por eso me duele observar a pensadores de izquierdas abandonando el republicanismo que exige que todos los ciudadanos tengamos los mismos derechos y los mismos deberes, vivamos donde vivamos. Que llamen «derecho a decidir» lo que en realidad es «derecho a la secesión».

La izquierda española debe abandonar el océano de la tibieza. Porque si lo que se pretende con el federalismo, a pesar de la buena voluntad, es encajar la Constitución al Estatuto catalán de 2006, no podríamos estar de acuerdo.

Esta es la refutación de la tibieza de una España que se niega a jugar sus cartas frente a aquellos que la quieren diluir. La refutación de la tibieza de unos partidos nacionales en un estado macrodescentralizado. La refutación de la tibieza de un país que necesita a dirigentes que defiendan a su propia nación, que no es otra que España.

España no es un matrimonio de conveniencia, sino, como señala Joaquín Leguina (*Los diez mitos del nacionalismo catalán*), un modo de proindiviso que tiene que tener en cuenta a todas las partes si es que quiere disolverse.

Por eso, los socialistas debemos defender la ley como centro de la democracia, la igualdad de derechos y obligaciones de todos los españoles, frenar el proceso secesionista, y muy especialmente una política educativa común que evite ocurrencias que sirvan de yacimiento a categorías históricas imposibles.

Seguir subiendo peldaños de esta escalera solo nos conduce al abismo. Mirar para otro lado, la tibieza como instrumento político, no solo es un error, sino que además es irresponsable.

Tomado de ABC

La traición separatista de Cataluña

Ángel Romero

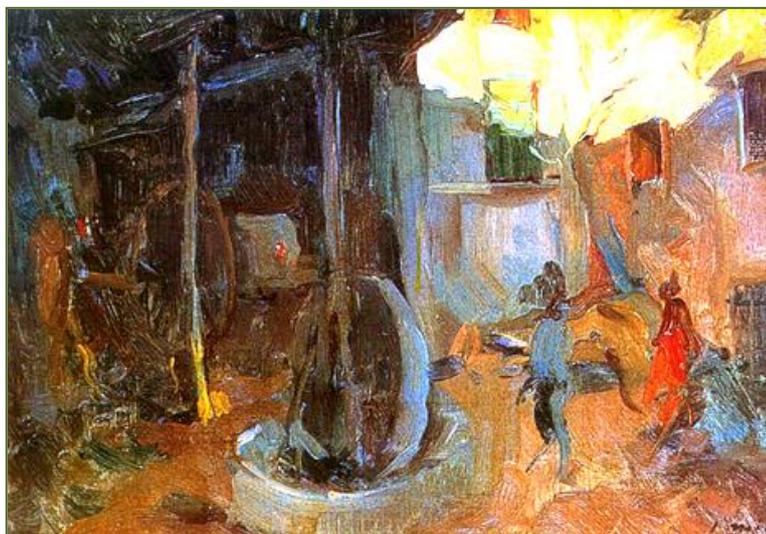
El presente

Uno de los temas de más actualidad informativa y política –quizás de demasiada– es, como todo lector podrá comprobar en cualquier informativo, periódico o radio, el «problema» de Cataluña. Agravado por la convocatoria plebiscitaria del 27 de septiembre por parte de Artur Mas, el mencionado problema –que en un Estado fuerte y serio no sería tal– se plantea a grandes rasgos de la siguiente forma.

Por un lado toda una serie de políticos burgueses reclaman más concesiones de competencias político-administrativas a Cataluña, bajo pretextos socio-económicos, a modo de piezas que edifiquen la estructura de un proceso separatista conocido y notorio. Por otro lado, y de forma más traidora, incompetente y caduca si cabe, toda una clase política demo-liberal dice oponerse al proceso separatista, siempre mediante «argumentos» leguleyos y constitucionales sin trascendencia, fondo ni forma. Estos últimos, que dicen estar a favor de la unidad nacional, sin

embargo no sólo toleran al separatismo de forma pública y vergonzante, sino que lo impulsan manteniendo marcos legales que llevan cuarenta años beneficiándolo. Como no puede ser de otra forma, hace mucho que consideramos en la misma trinchera –la de nuestros enemigos– a ambas caras del problema territorial que amenaza a nuestra Patria.

Detrás de toda esta amalgama –de uno y otro lado del «problema»– de profesionales de la mentira, la manipulación, los sobresueldos y la cleptomanía, nos encontramos con una monarquía, una constitución y un ejército incompetentes y traidores a la Patria. Teniendo una posición válida para atajar problemas de esta índole de forma directa y eficaz, han demostrado su incapacidad para ello, cayendo, por negligencia y dejación de funciones, en la más absoluta e infame de las traiciones. Para más leña al fuego, a este conjunto de fusilables fuerzas operantes se unen los medios de comunicación. Estos medios, que bien podrían llamarse de desinformación o de manipulación, son, en este lamentable y triste espectáculo, los encargados



de disfrazar de ejercicios democráticos las más irritantes traiciones a la Patria. De este modo, al hecho de usar la mentira histórica y la política burguesa para disgregar parte de una nación, se le denomina «proceso soberanista» o «independentismo». La secesión como fenómeno político normalizado e institucionalizado ha terminado por consolidarse, pero los mencionados burgueses y cobardes (valga la redundancia) no constituyen fuerzas políticas «independentistas» ni «soberanistas», sino *separatistas*. Nosotros, a diferencia de los borregos y los juntaletras, llamamos a las cosas

por su nombre. Ninguno de los separatistas y sus cómplices tienen derecho a definirse en tales términos, ya que Cataluña –al igual que Vascongadas, Navarra o cualquier otra región– no es ninguna colonia española, sino parte inseparable de la misma. Y de ello pasamos a hablar en el plano histórico.

El pasado

Todos los once de septiembre tiene lugar en Barcelona –haciéndolo los separatistas extensivo a toda Cataluña– la celebración de la Diada, o lo que para el separatismo catalán constituye su «día nacional», término como mínimo ridículo e irrisorio. El once de septiembre se conmemora el aniversario de los hechos ocurridos en 1714, cuando las tropas borbónicas de Felipe de Anjou – Felipe V en España desde 1713 y primer Borbón en nuestro país– reducen por la fuerza la ciudad de Barcelona como capital de los Condados Catalanes, parte integrante de la Corona de Aragón. Este importante hecho histórico se produce como final definitivo de la Guerra de Sucesión.

Esta contienda se desata en 1701 cuando Carlos II, último rey de la dinastía de los Austrias en España, muere sin descendencia. Para ocupar el trono español se presentaron dos candidatos, Felipe de Anjou por parte de los Borbones y el Archiduque Carlos por parte de los Habsburgo. Mientras que el reino de Castilla, debido a la aristocracia, se decanta por el primero, la Corona de Aragón (de la cual, recordamos, formaban parte los Condados Catalanes) se pone al lado del segundo, más cercano consanguíneamente a Carlos II. Se desata de este modo un conflicto civil que duraría trece años, hasta que en 1714 se produce la rendición de Barcelona por parte, como decíamos, de las tropas borbónicas. La razón de este hecho la encontramos en que Rafael Casanova, *Conseller del Cap* de los Condados Catalanes en 1714, luchaba como comandante junto

al resto de la corona aragonesa por el Archiduque Carlos, por la continuación del reinado de los Habsburgo en España y por consiguiente por la Monarquía Hispánica, tradicional e imperial, que aún quedaba –aunque de bache en bache– en pie. Durante toda la Historia de España, antes, durante y después de este hecho histórico, podemos comprobar de qué forma Cataluña –al igual que Vascongadas y Navarra– ha sido vanguardia de la Hispanidad, tanto como protagonistas de la misión creadora de los pueblos hispánicos en todo el mundo, como en la defensa de España frente a las agresiones extranjeras. En este caso, luchando por la dinastía Habsburgo cercana a los Austrias, contra la dinastía borbónica francesa.

Explicado esto, nos encontramos con la paradoja de que todos los once de septiembre, día de la Diada que conmemora la rendición de la ciudad condal, el separatismo homenajea a Rafael Casanova como «defensor de la nación catalana frente a España». No sólo ignorando la Historia, sino manipulándola al antojo de sus intereses burgueses y su perfidia, hacen de un héroe español que luchó por España y el Rey contra tropas francesas, un mártir de sus delirios disgregadores de la Patria. De la misma forma, hacen de una lucha patriótica contra una dinastía extranjera, una inexistente lucha catalana contra España. Por si todo esto pudiera parecer poco al lector para comprender lo que se expone, he aquí las últimas declaraciones –bajo las mismas traducidas al español– de Rafael Casanova el once de septiembre de 1714, extraídas del pregón al pueblo de Barcelona, como exhortación final a su defensa:

«Que han executat las últimas exhortacions y esforsos, protestant de tots los mals, ruinas y desolacions que sobrevinguen a nostra comuna y afligida Patria, y extermini de tots los honors y privilegis, quedantesclaus ab los demèsenganyatsespanyols y tots en esclavitud del domini francès.

»Pero comtot se confía, que totscomverdadersfills de la patria, amants de la llibertat, acudirán alslochssenyalats, a fi de derramar gloriosamentsasanch y vida, per son Rey, son honor, per la Patria y per la llibertat de tota Espanya».

* * *

“Que han realizado los últimos exhortos y esfuerzos, protestando por todos los males, ruinas y desolaciones que sobrevengan a nuestra común y afligida Patria y por el exterminio de todos los honores y privilegios quedando esclavos con los demás engañados españoles, y todos en esclavitud del dominio francés.

»Pero hay que confiar en que todos, como verdaderos hijos de la patria amantes de la libertad, acudirán a los lugares señalados a fin de con honor, derramar gloriosamente su sangre por su Rey, su honor, por la Patria y por la libertad de toda España».

El futuro

Desenmascarada la realidad de la manipulación separatista, entendemos que la sociedad española, y especialmente la juventud, sólo tiene dos posibilidades de acción ante los traidores:

A) Apostar por la secesión y el suicidio gratuito de España, para beneficio de intereses burgueses y disgregadores, o bien la tolerancia y complicidad con el separatismo propias de la política demoliberal, entendiendo como un hecho fáctico que ambas posturas equivalen a lo mismo.

B) Apostar por la unidad de la Patria como garantía indispensable de la existencia histórica española, conscientes de que sólo la unidad del pueblo y la nación –y solo ésta– conseguirá que España, hambrienta de pan y justicia, consiga hacer su revolución pendiente.

¿Qué hacer?

Desde este semanario estamos convencidos de formar parte de lo segundo, ya que sólo con un empuje unitario, integrador, entusiasta e intransigente con la traición, pueden lograrse para España las soluciones que la situación actual exige. Decía Ramiro Ledesma que *«la ausencia de las cosas es la mejor justificación para su conquista»*. La ausencia de unidad nacional y popular es

un hecho, y la juventud, con lucha y entusiasmo debe conseguirla para hacer la revolución que España lleva años necesitando. Porque la Patria no se niega. ¡Se conquista!

Escrito originalmente para *Semanario Utopía número 3*

Mirada a Occidente

José Manuel Cámara López

El hombre libre, el ciudadano de la ciudad-estado griega se sentía seguro y firme en sus convicciones, en su modo de vida. Se sentía superior y protagonista. Dueño de su entorno y de sus decisiones. Partícipe y señor. Tardó siglos desde las sombras de Troya en llegar a su cénit (siglo V a. de C.) hasta que se vio perdido, solo, extrañado en la inmensidad del imperio de Alejandro el Magno cuando pasó de la vida segura de la *polis* a la *cosmópolis* del helenismo con la consiguiente pérdida de sus referentes políticos y religiosos y la inseguridad de su propia identidad: tierras nuevas, leyes nuevas, dioses nuevos, ideas nuevas. Y por ello no llega más que a proponer como modelo formas de vida livianas y de pensamiento «menores», de «tiempos de crisis» decía Julián Marías, que bastasen aunque solo sea para salir adelante, más individualistas, basados en la resignación y en el placer como fueron el estoicismo, el cinismo, el epicureísmo y el hedonismo. Duró quinientos años la cosa.

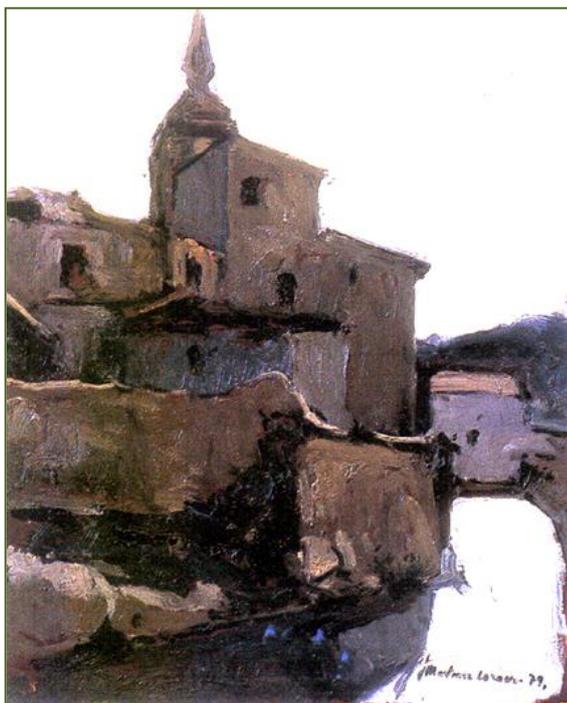
Y pudo volcar Grecia su filosofía, su arte, sus mitos, sus dioses, su idiosincrasia y sus maneras en la nueva y pujante Roma. Y Roma se hizo Imperio. En su crepúsculo militar y civilizador es cuando se incorpora el Cristianismo a las venas imperiales. No se trata aquí de contar los avatares del Imperio Romano de Oriente y de Occidente ya cristianizados pero señalemos que es ahora cuando empieza a nacer, con la conjunción del legado de Grecia, Roma, el Cristianismo y la vitalidad de la sangre bárbara -detalle que suele olvidarse- el hombre que a través de la Edad Media alcanzará a dar sentido a Europa. Una Europa que reconocemos aún hoy, con sus culturas, sus lenguas, sus patrias y su fe. Y un hombre ya, un poco más allá en el tiempo, el del Renacimiento, que se descubre a sí mismo, como otrora lo fue el griego del tiempo de Pericles como ser campeón sobre la faz de la tierra y dominador de todos los horizontes.

Desde entonces acá todo el empeño humano ha sido el de autoafirmación e independencia de su individualidad y de su libertad, conceptos desconocidos en su sentido actual para aquellos que -al igual que el ateniense en la *polis*- no se comprendían a sí mismos aislados fuera de una comunidad, ya fuera un gremio, un burgo, un ejército o una orden monástica. Pero ahora ya sí, ahora aparece ya el individuo tal y como entendemos al hombre moderno. Capaz de todo, amo del universo. O eso creía ingenuamente. Veremos ahora cómo se tambalea.

Los batacazos han sido fenomenales, tan seguros estábamos de nuestro *ego*: Con Galileo, Kepler y Copérnico descubrimos no ser el centro del universo alrededor del que todo giraba y con el espectroscopio nos volvimos diminutos y frágiles ante las fuerzas cósmicas. Con la teoría de la evolución de Darwin nos enteramos que nuestros ascendientes lejanos eran unos primates que por esas cosas de la Naturaleza dieron en espabilarse más que otros. Freud nos explicó que solo somos dueños de una parte de nuestro cerebro porque existe en él un inconsciente que no dominamos y que eso que llamamos *razón* está ocasionalmente condicionada. Ciertamente se nos han caído muchos palos del sombrero, cada vez nos hemos ido encontrando como más hijos del barro de la tierra. Hasta recibir el gran golpe: ¿Dios existe? Al hilo de la Revolución Francesa y el pensamiento hegeliano son Feuerbach y Marx, de la mano del escepticismo científico, los que originan una corriente de negación de la existencia de un Dios creador (el politeísmo ya quedó relegado al olvido) y Nietzsche nos endosa una más que razonada bofetada al respecto ¿para espabilarnos? El hecho cierto es que el ateísmo so capa de diferentes formulaciones e ideologías sigue hoy ganando terreno.

El celofán invisible que nos cubría, la piel universal dentro de la que respirábamos y nos

nutríamos como en el líquido amniótico de un vientre materno, acogedor y cálido se ha ido deshaciendo. El sistema de convicciones en las que nos afirmábamos se cuarteaba. Ha convulsionado y nos ha dejado a la intemperie, desnudos, solos. Solos otra vez ante un mundo extraño, como aquél ciudadano griego perplejo y ajeno dentro de sus muros. Así es que resulta lógico y natural que las propuestas de vida y de pensamiento, en una sociedad nihilista, la nuestra, se aproximen a las del relativismo, hedonismo, materialismo... en definitiva, un mundo de pensamiento débil y acomodaticio. El triunfo de los nuevos sofistas y de la demagogia. Hasta las religiones se ven afectadas en ocasiones por el tentador populismo.



Con estos síntomas -y la evidencia de su declinar- diremos que a la hora de hacer un diagnóstico cabe atreverse a suponer el fin de la sociedad y la civilización occidental europea (en América, también parte de lo que llamamos occidental, no se dan las mismas circunstancias) si se persiste en el modo nihilista de vida, negador de todos los valores superiores, en estos tres aspectos fundamentales: en lo moral (materialismo, religión relegada a las catacumbas, injusticia...), en el social (suicidio demográfico, aborto, desprotección de la familia...) y en lo político (negación del patriotismo, democracias adulteradas, separatismos, corrupción...). Añádase la islamización creciente que afecta a los tres conceptos enunciados. ¿Cuántas generaciones más

podremos sobrevivir con estos parámetros? No muchas. Nos caemos a pedazos. Seguramente nos hubiéramos caído ya -varias veces y por varios motivos en el último siglo- sin el respaldo de la vitalidad norteamericana -racialmente nada monolítica- que ha venido a ocupar hoy el lugar de aquellos bárbaros que salvaron hace ya tantos siglos el legado de Roma y la Cristiandad.

¿Debemos resignarnos a ser meras comparsas del imperio USA? ¿Tenemos algo que aportar -y específicamente los españoles- al sistema de valores que ellos sí tienen, en el que creen y que defienden? ¿Nos entregamos enteramente, nos dejamos abducir? ¿Nos basta con adoptar sus conceptos de libertad, democracia y capitalismo domesticado y rellenar lo que falta como buenamente podamos y nos vayan dictando las circunstancias? Seamos serios, no es de recibo adoptar costumbres, cultura y tecnología y seguir poniendo el gesto huraño ante el que nos provee de lo que le demandamos. Seguir despotricando de las «barbaridades» que cometen pero refugiarnos constantemente bajo las alas de sus pájaros de acero al primer tiro que escuchamos. «Que maten ellos» venimos a decir, tumbados a la sombra de los dólares. Por cierto, que un valor es el valor ¿Dónde lo dejamos nosotros olvidado?

Pero a pesar de todos los vaivenes y tarascadas, aún quedan hombres e instituciones en pie. Quedan principios, valores, ideas en la vieja Europa que merecen ser rescatadas. Rescatar es «salvar, sacar de un peligro» (DRAE), rescatar es recobrar lo perdido, es recuperar algo a costa de algo, siempre con esfuerzo. Se rescata lo valioso, lo que aun sabes que es tuyo pero estaba enajenado. No discutiré si es mejor decir que se trata como dice el maestro Manuel Parra Celaya de «reconocer» los valores y saber darles la importancia que merecen. Rescatar, recuperar, reconocer, recobrar... tanto monta.

Los objetivos primeros: La justicia, el hombre como portador de valores eternos (conciencia y ética cristianas) y el amor a la Patria. Nuestras ideas nucleares.

¿Podemos o debemos seguir intentándolo? Yo creo que sí. Nos sentimos rodeados de un

ambiente hostil, ¿para qué negarlo? Somos peces fuera del agua que además afirman que el agua está contaminada. Conviene asumirlo antes de seguir adelante. Se puede ser objetivamente pesimista, cierto. Pero eso no quiere decir que no se pueda nadar contracorriente o aprovechar los remolinos de la historia para inyectar nuestra savia. Necesariamente a brotes nuevos. Tal vez lejanos. Y que busquen las aguas profundas y limpias que señalamos en nuestras cartas de marear. Sabemos que las formas de vida no se repiten, ni las culturas, ni los sistemas cerrados de valores. Siempre hay novedad, cambio, evolución. Requerirá esfuerzo e imaginación. Pero conviene rescatar lo fundamental de un legado de siglos para no dejar perder la posibilidad de que un hombre mejor construya un mundo mejor. Nadie podrá decir que no quisimos dejar una herencia limpia.

Sigamos manos a la obra, y que la inspiración, como decía aquél, nos coja trabajando. Y arremangados.

ESPECIAL